

Promesas Veraniegas

Ha transcurrido ya casi un mes de mi arribada a esta paradisiaca zona de descanso, del cuerpo y del espíritu, y apenas me he desviado de las pautas que andan grabadas en mi mente.

Todos los años me hago las mismas promesas, lo que haré o dejaré de hacer en mi veraneo; pero siempre termino cayendo en estas benditas rutinas del pueblo, que te atenazan y de las que no es fácil escapar.

Y dentro de esta rutina, damos cuenta ya de las fiestas patronales, esperadas y luego disfrutadas, como siempre, como los niños, y con el aliciente siempre agradable de volver a sentirte un año más con capacidad para los estímulos, aunque sucede con frecuencia y en ciertos momentos, que llegas a percibir, te das cuenta, de que ya vas dejando de encajar en este engranaje de las actuales pompas, que percibes refugiado en estas modernas bambalinas, por mucho que los deseos afloren.

Hemos despedido ya, con un simple hasta luego, a los que han concluido ya sus tasadas vacaciones, y saludamos con un caluroso abrazo de bienvenida a los que van tomando el relevo, los que alegrarán nuestras tertulias, el esparcimiento y los juegos.

Este día 19 de agosto, de buena mañana, cuando la gente aún permanece en los cuarteles de descanso, voy a romper el ritmo diario. Dejo la nota encima de la mesa, por si los de casa no se han enterado, que sepan por donde ando.

Rambla de la Pasadilla arriba, con los primeros rayos del sol, que ponen plata en el rocío, despertando del letargo a una nube de impertinentes mosquitos, voy al encuentro de la gran trinchera del lado izquierdo con el discurrir de las aguas. Allí construyeron un fortín de cemento armado, con nidos de ametralladora y casamatas, que daban cobertura al lado derecho, cubriendo el espacio hasta las primeras trincheras, excavadas en un terreno rocoso.

Redescubro lo ya conocido, cuando todavía se podía contemplar su estructura desafiante, cuando íbamos en busca de balas y de metralla, de bien niños, para ayudar a la depauperada economía familiar. Me han encargado de Zaragoza, conocidos que estuvieron por los frentes de Teruel, que les consiga algún recuerdo, –a ellos, como si no tuvieran ya suficiente con las penalidades allí pasadas– una bala, un trozo de metralla, algo.

Y por ese lado derecho me encaramo, a la trinchera que

enlazaba con el Alto Garzón, espantando conejos que triscan tranquilos en los breñales, bandos de perdiganas y tordos, en una zona que en épocas no muy lejanas era un verdadero paraíso para los cazadores.

En el pequeño altozano, desde donde se domina el amplio horizonte hacia la Laguna de Bezas, todavía quedan buenos restos de la sólida fortificación, con sus reductos aspillerados, desde donde poder barrer el amplio espacio, ante una posible avanzada o ataque. Allí consigo material que vengo a buscar. Y en el Alto Garzón apenas se perciben las grandes trincheras de la posición, enclavada toda ella en terrenos de labor de mi familia y que en su día nos ocupamos de destruir, cubriendo las piedras con tierra, para hacer la finca nuevamente cultivable en su totalidad. Vuelvo a casa con mi pequeño botín, mañana continuaré.

Giro hoy día 20, visita a las posiciones del Pico del Zorro, Rincón del Molinero; el temible "Cinturón de Hierro", excavado con enorme esfuerzo y fe por el Ejército Republicano, que no pudo resistir las feroces embestidas del Ejército de Franco, a pesar de la encarnizada y heroica defensa. Al otro lado, al Norte, la posición de Cucarella, con su imponente murallón obra de zapadores, territorio que en pocas horas quedó cuajado de embudos de proyectiles que asolaron la posición, cubriendo el amplio espacio de cadáveres de legionarios y moros. Eran los terribles meses de bárbara lucha.

Me quedé un buen rato en el Pico del Zorro, contemplando el puesto de mando, al abrigo y protección, por si acaso, del certero y temible artillero Atilano; observatorio, al abrigo del cierzo, desde donde se contemplaban a la perfección las posiciones contrarias del collado del Campillo, donde sus defensores tenían buen cuidado de no abandonar la trinchera ni asomarse a ella mucho rato, por el gran riesgo que suponía.

Aquí encuentro abundante metralla, alguna bala de fusil, de lo mucho que quedó disperso por estos montes de tan triste recuerdo, y un par de espoletas reventadas, que por precaución las dejo donde están.

Podría seguir mucho más, que el terreno me trae una mezcla de recuerdos, tristes y alegres a la vez; pero como ya el sol aprieta, me voy en busca del coche, que he dejado en la Masada, junto al pozo, gran aljibe excavado por el Ayuntamiento de Bezas, junto a unas fincas de la familia, unos garruchos de mala muerte, de los que apenas obteníamos unas pocas cargas de centeno.

El pozo está rebosante de fresca agua, de la que tomo un buen vaso, –¿quién ha dicho que esta agua no es buena...?– a pesar de que en el coche llevo agua pura y cristalina de Fuente Buena.

Ha quedado demostrada la utilidad de esta extensa red de aljibes que el Ayuntamiento de mi pueblo construyó por sus amplios dominios agrícolas. Y estos pozos seguirán siendo útiles.

He cumplido la misión. Llevaré a mis amigos algunos recuerdos de estas viejas trincheras, alguno quizás causante de dolor y muerte.

Publicado en el Diario de Teruel, el día 13 de diciembre de 1.998.